Juli Eterno

SUPLEMENTO 74

1º de abril 2025

“LO QUE VI EN EL INICIO Y EN EL DESBORDE”

Adrián Arce Yturry

SUPLEMENTO 74

PRESENTACIÓN

Víctor Velazco López

Es posible que muchos de nuestros amables lectores, por la cantidad de páginas se desanimarán en conocer el contenido; pero, se trata de la realidad vivida por todos los migrantes del interior del país a Lima.

Una experiencia vivida personalmente por Adrián Arce Yturry, integrante del Equipo de Redacción de Juli Eterno; quién probó todos los sabores que tuvo que paladear de la agitada vida en la capital.

Como siempre, con la sencillez que le caracteriza, nos cuenta parte de su vida yo diría, y de los emprendedores aimaras que sin temor ni miedos afrontaron cada uno de los problemas y dificultades como alimentación , vivienda, transporte, situación laboral y otros, para la supervivencia no solo personal, sino de la familia que dejó en su lar querido, al que tiene que retornar; y, poco a poco conseguir el traslado a la ciudad capital o a otras ciudades donde existan las condiciones mínimas para lograr que su prole y toda la familia migren, porque la situación en el interior del país y especialmente en el Altiplano, ya no son las que requiere su familia.

Todas las vivencias y dificultades de miles de aimaras que experimentaron los migrantes del pasado, se ven plasmados en las siguientes páginas, que nos permitimos presentar a ustedes en nuestro SUPLEMENTO 74, con el título de: LO QUE VÍ EN EL INICIO Y EN EL DESBORDE; esperando sopesen para conocimiento.

Aparte de ello, consideramos necesario hacer presente que las migraciones son cíclicas, no solo a las ciudades con universidades, ciudades de la costa o Lima; sino a nivel micro, se da en el interior, esto es, a capitales regionales o provinciales a lugares comerciales o con fuentes de trabajo, y ello requiere

que las autoridades de ese destino a migrar, ofrezcan las condiciones mínimas para las nuevas familias que han decidido establecerse y vivir.

En el caso específico de Juli, no contamos con las cifras de migración a la fecha, pero se requiere del concurso de autoridades, colegios profesionales, representantes de instituciones, directivos barriales, Sociedad civil y otros, con la finalidad de brindar las condiciones mínimas necesarias para que puedan establecerse sin problemas a fin de que la niñez sea atendida en instituciones educativas bien organizadas, centros de salud eficientes, bibliotecas equipadas, centros recreacionales implementados y todo cuanto la mente proponga.

Juli Eterno, sugiere que el Sr. Alcalde Provincial Ing. Víctor Raúl Anchapuri Zapata, actualice el funcionamiento de la Biblioteca Municipal, más unas cuantas laptop, con la finalidad de proveer a los educandos condiciones acordes en esta era de las Comunicaciones, teniendo como base el apoyo del Dr. Boris Espezúa Salmón, que no negará su concurso.

Anticipadamente agradecemos el gesto benefactor del Ing. Anchapuri y, a nombre de los beneficiarios de este hecho, expresamos también el reconocimiento debido a todos quienes apoyan en la decisión del funcionamiento de la Biblioteca Municipal en la capital provincial.

En espera que las autoridades y Sociedad civil hagan suyo esta inquietud, reiteramos nuestra gratitud para todos quienes pretendan apoyar en la formación integral de los educandos de la provincia de Chucuito.

LO QUE VIVÍ ANTES Y EN EL DESBORDE

Adrián Arce Yturry

Los provincianos que migramos a Lima en los años 50-80 del siglo pasado, fuimos partícipes y testigos hasta hoy de la transformación urbana de la capital y de la evolución social, política, demográfica y educativa que se generó en esta ciudad capital.

La "Lima cuadrada" como se le llamaba esos años, se traducía en su composición urbana y su extensión solo abarcaba por el norte con el distrito del Rímac, por el sur Barranco, Surco viejo, Chorrillos, por el Este llegaba hasta lo que era "La parada" el límite de La Victoria, y por el oeste estaba lo que se llamaba "Chacra Colorada" que hoy es el distrito de Breña.

Quien vivía en el Rímac, podía contemplar y/o subir a un cerro donde no había ni una casa ni un caminito para subir y era el cerro San Cristóbal.

Además, tenían otro elemento natural que era el río Rímac o río hablador que era el límite norte de Lima.

Los que vivían en el distrito de La Victoria, tenían como los del Rímac, los cerros, El Agustino, San Pedro y San Cosme, ninguno con construcciones.

Como elementos transportes había los tranvías eléctricos que unían Lima, Barranco, Chorrillos y Lima Magdalena, también habían los colectivos (colepatos) en tres rutas Chacra Colorada, Prada, Progreso, Plaza de Armas y Victoria Vitervo, que eran las carcochas y había 4 o 5 líneas de omnibuses.

Lo llamativo no solo para nosotros los provincianos sino también para los turistas, eran los colectivos que eran autos de los años 28-35 y que por la antigüedad lo llamamos "carcochas"

En los años 60-70 se construyó el complejo habitacional más moderno en La Victoria llamado El Porvenir.

Ir al Callao, significaba tener que ir por la avenida El Progreso (hoy Venezuela) donde comenzaron los grandes fábricas de helados Donofrio y otras de galletas.

Para la educación, existían las Grandes Unidades Escolares creadas por Manuel A. Odría, teniendo como asesor del Ministerio de Educación a José Antonio Encinas, en terrenos donados por los propietarios por eso que tenían los nombres de Ricardo Bentín en el Rímac y Emilio R. de Nosiglia en Chacra Colorada, donde funcionaban tres secciones común era para los que aspiraban ingreso a la Universidad, Comercial de 4 años que al término eran Contadores Mercantiles y la Industrial de 5 años donde te preparaban, capacitaban para ser carpinteros, mecánicos, electricistas, etc. Que lamentablemente en los años 62 y 68 los cerraron de lo que aprovecharon los grandes empresarios industriales y crearon SENATI.

Recuerdo porque fue noticia periodística que el cerro El Agustino fue el primer cerro que comenzó a ser poblado, invadido con viviendas precarias, donde apareció un personaje que se autotitulaba como el Guardián defensor del cerro y sus pobladores y el que dirigía las invasiones, al cual la prensa lo calificó con el sobrenombre de "Poncho Negro". Los provincianos si queríamos seguir escuchando o entonando nuestras canciones serranas del Perú teníamos que ir al gran Coliseo Folclórico de la Av. 28 de Julio, a 4 cuadras de La Parada y se queríamos comer potajes de nuestras tierras, teníamos que ir a La Parada donde se preparaban estos potajes como comida para los cargadores a los que los llamaban "las mulas".

No obstante, las diferencias culturales, sociales, etc., se vivía en paz y armonía y cada manzana o barrio contaba con la presencia de un Guardia Civil al que consideramos "lo nuestro".

¿Cuándo cambió Lima? Fueron diferentes gobiernos, hechos, fenómenos nacionales y mundiales que provocaron el cambio no solo de Lima sino también de otras ciudades de la Costa, Sierra y Selva.

A Grosso modo podemos mencionar los siguientes: La influencia ideológica del Fidelismo.

El primer gobierno de Fernando Belaunde y el sonado caso de la pérdida de la página 11.

El golpe de Estado de Velazco Alvarado que con el SINAMOS hizo la Reforma Agraria, expropiación de las grandes haciendas del norte y otras zonas con el slogan "el patrón ya no comerá de tu pobreza"

La división del sistema comunista en dos vertientes: La Rusa o Moscovita y la China o Maoísta.

La aparición de posiciones algunas radicales y otras atendibles como la de Hugo Blanco en el Cusco.

La insurgencia de grupos extremistas que cuestionaron el sistema democrático el MRTA fundado por De La Puente y Uceda y dirigido por Víctor Polay Campos, Víctor Rincón, Serpa Cartolini.

La caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS y de la doctrina Stalinista y el surgimiento de la reforma de Gorbachov a través del Glasnov y la Perestroika.

La división del Partido Comunista Peruano que dio lugar a dos facciones Patria Roja y Sendero Luminoso.

En este panorama y con el añadido de los cochebombas, la matanza de campesinos entre otros, comenzó la migración de provincianos hacia la capital y otras ciudades del Perú, para evitar la muerte y el hambre.

En ese lapso de cinco a diez años, Lima se ve rodeada de las llamadas "barriadas" San Martín de Porres, Covida, Los Olivos, Villa El Salvador, no solo el poblamiento de los cerros, sino la invasión de terrenos del Estado

donde hoy se sitúan los distritos periféricos de Lima cuadrada, San Martín de Porres, San Juan de Lurigancho, Villa El Salvador, San Juan de Miraflores, etc. con las llamadas invasiones.

Esta migración provinciana generó innumerables cambios en Lima tanto en su población citadina como en sus manifestaciones, por ejemplo en la población limeña no solo vivía el "cholo", el "Huambrilla", los "churres" también apareció el "Acholao" y después el "Achorado" a decir de Hugo Neira. Pero también aparece nueva música como mezcla del huayno y la cumbia colombiana que es la Chicha, interpretado magistralmente por "Chacalón" y "Chapulín El Dulce", aparecen también nuevos bailes, comidas, bebidas, fiestas patronales y finalmente de cinco procesiones que Lima tenía a la inmensa variedad de festividades religiosas que hoy vemos.

A este fenómeno demográfico, político, económico, etc. Producto de las migraciones hacia Lima y otras ciudades el antropólogo José Matos Mar la describe, la analiza, la explica minuciosamente en su libro "El desborde popular y crisis del Estado" (2004) que fue analizado por otro intelectual Flores Galindo, Franco, etc.

En el año 2006 aparece un libro cuyo título es "Del pensar mestizo" de Hugo Neira que son ensayos, donde él termina afirmando que esos procesos sociales, políticos que describe Matos Mar culminan en los que él llama "La anomia".

En el suplemento de este número de Juli Eterno les alcanzo este ensayo titulado "Notas del desborde popular de Matos Mar a los desbordes de llave y Polladas, retorno a la cuestión anómica"

Notas del "Desborde" de Matos Mar a los desbordes, llave y polladas. Retorno a la cuestión de la anomia [2004]*

Los primeros textos de José Matos Mar, hacia 1957, trataban de las barriadas, eran trabajos pioneros, de frontera, que sorprendían e irritaban en un mundo intelectual hiperconservador limeño, en el cual la palabra estructura provocaba furores macartistas. En los años sucesivos no dejaron

de aparecer otros trabajos suyos, precisos, concluyentes, sobre comunidades indígenas, la reforma agraria (1980), el nuevo rostro del campesinado (1981) y muchísimos otros, de modo que, en 1984, cuando aparece la primera versión del libro que comentamos, su autor tiene ganada una sólida reputación de investigador y director de estudios peruanistas. Había militado en el Social progresismo, junto a Jorge Bravo Bresani, Augusto Salazar Bondy, en una izquierda esclarecida cuyo valor, en algún momento, una historia de las ideas contemporáneas en nuestro país, pondrá en el lugar que merecen. Sin embargo, Desborde popular y crisis del Estado va a significar un giro decisivo en la producción intelectual de José Matos Mar.

Cabe recordar que hasta ese instante se le conocía por trabajos de tipo monográfico, vale decir, por la producción intelectual de un científico social dirigida a lectores especializados. Desborde, es otra cosa, lo he dicho en Hacia La Tercera Mitad (edición de 1996, p. 646), un ensayo breve. Matos Mar en una centena de páginas consigue un efecto fulminante. El resultado fueron varias ediciones. La razón de este éxito acaso se deba a que Matos, por una parte, emprendía una visión de síntesis, global, holística, ardientemente solicitada por un país sediento de explicaciones. Por otra el tema, gravemente enunciado desde las primeras líneas, coincidía con el clima de catastrofismo en el que el libro nacía, conviene recordarlo, la violencia desencadenada por Sendero y la respuesta militar no menos violenta. Tiempos de guerra, los ochenta. Y de interrogaciones: por los mismos años Flores Galindo escribía varios ensayos recogidos bajo el título de Tiempo de plagas.

La cuestión es que unas plagas pasaron y otras no, persisten se agravan hasta nuestros días. La feroz arremetida de Sendero, tras la captura de Abimael Guzmán, por ejemplo, ha quedado en el pasado. Sin embargo, cómo negarlo, no habrá terrorismo, pero nos sigue habilitando la sensación de creciente desorden, de ruptura no entre las masas y un supuesto orden, sino de diversos tipos y formas de expresión masas, a la vez potentes y parciales, fragmentarias; encarnaciones de multiforme desagregación social, y que más adelante, cabe aun sumamente, examinar. En las noticias de cada día,

nada más abriendo los diarios, escuchando la radio, la televisión, no hay un desborde sino muchos, regionales, clasistas, étnicos, ora en el medio urbano, ora en los rincones del país. Las razones son diversas, lo que quien- ni es que, vistos en su conjunto, los "desbordes"' no han parado de cuando escribiera Matos. Es menester señalar que los grandes temas enunciados en el ensayo de 1984, a saber, la protesta, la crisis del Estado, el nuevo rostro del Perú, no han perdido vigencia, al contrario. Habrán pasado veinte años y sin embargo, para nuestras acumuladas desgracias, la grieta de mutuos abandonos e incomprensiones entre gobernados y gobernantes se hace cada vez más grande. No estoy presagiando nada, no estoy jugando a los adivinos, estoy diciendo simplemente lo que todos sabemos. Al menos partamos de esa evidencia, de una dolorosa verdad: el desborde no es un tema cerrado.

Ignoro en el preciso momento de escribir estas líneas cuál es el contenido de las recientes páginas de meditación personal que José Malos Mar ha escrito, agregado y entregado a nuestro común amigo Rafael Tapia, "ánima" viva de estas ediciones sin cuyo personal esfuerzo ellas no serían posible. Celebro, pues, que se publique su trabajo de 1984 con textos de alcance. Lo celebro por triple motivo. Porque así se reconoce en vida a un científico social de los nuestros, porque permite volver sobre el tema del desborde y porque remite nuestras líneas, la de unos y la de otros, no sólo a un tema central, de lo más imperioso, el Perú invertebrado. Mucho más que los temas económicos, sociales y políticos aislados. La visión de conjunto de Matos Mar sólo merece una lectura, acertada o no, igualmente audaz, de conjunto. A mí, en todo caso, me remite al tema de la anomia, al retorno a ese concepto capital de la teoría sociológica que me ha parecido y me sigue pareciendo el más adecuado para abordar los fenómenos de visible e innegable desagregación social, de disociación entre objetivos sociales y comportamientos, que en nuestro caso, por ejemplo, dan lugar a los casos de corrupción, de arriba a abajo, de Señor a paje, a lo largo y lo ancho de nuestra escala social.

¿Cuál fue la tesis primigenia del autor, al lanzar su libro en 1984? Es de buen proceder canónico el resumir la tesis de un autor antes de adoptar un plan de lectura crítico y esa etapa, recomendada por todos los usos de la didáctica

secular y que en el Perú casi ni se practica, es lo que a continuación sigue. Unas líneas suyas en el prólogo a la segunda edición apenas a los cinco meses de la primera, nos evitan circunloquios. "Las circunstancias de su primera aparición, fueron las de un desborde incontrolado de los sectores populares, que irrumpieron a través de las barreras impuestas por el Estado". Eso en lo esencial. Matos Mar pone énfasis, por una parte, a lo que llama "el nuevo rostro del Perú", es decir, los nuevos usos populares, los comportamientos, la cocina, la música, el lenguaje de los neourbanos llegados con las invasiones de tierras baldías y los asentamientos urbanos, fue una lectura antropológica anticipatoria de lo que años más tarde Néstor García Canclini habría de llamar, para la capital mexicana, para las grandes urbes latinoamericanas, sin duda en fórmula que incluye la vida limeña, "las culturas híbridas". La otra lectura de Matos Mar es histórica y política, "los fracasos de la República criolla". Esa parte de su texto llama a invocaciones, a advertencias, como la que dirige a los responsables de los destinos del país: "El Perú oficial no podrí imponer otra vez sus condiciones" afirma. Sin embargo la verdad es que esas condiciones no sólo se afianzaron sino que se profundizaron, me refiero a la dominación bajo el régimen de Fujimori, acatada, voluntaria, la "servidumbre voluntaria" como la llamé recordando « I célebre texto de Etienne de La Boétie (El Mal peruano, 2001). En cuanta a la esperanza que entonces vislumbra Matos Mar, acaso en torno 1 la cercanía de un gobierno de Alan García o tras la victoria electoral de la izquierda en los días de ascenso de los frentes clasistas bajo la batuta irrepetible de Alfonso Barrantes, le hacen suponer "que se abría el paso al socialismo". Las cosas no ocurrieron así, como lo sabemos. Los desbordes en cambio han continuado y se han acrecentado, son casi el paisaje social, imaginario y cotidiano de los peruanos de la clase política y de los de a pie.

Sigamos las grandes líneas de aquel libro. En "El Desborde" Matos Mar se anticipa a "la marea de ilegalidad, alegalidad, clandestinidad, semiclandestinidad" que será el rasgo predominante de estos últimos decenios. Nos propone cuatro capítulos, a saber, el legado andino y la patria criolla como nación inconclusa. El nuevo rostro del Perú. El nuevo rostro

urbano, la forja de una identidad. La crisis del del Estado y el desborde popular. Sus primeras páginas me parecieron no de las mejores, traza una suerte de resumen histórico que no deja de girar sobre las viejas oposiciones entre lo hispano y lo andino, la ciudad y el campo. Es más, lo dije y lo reitero, la tesis de los dos legados y la nación inconclusa es poco original, es dicotómica, y el desarrollo de su texto mismo la desdice, pues líneas después sostiene que hay "un nuevo rostro del Perú". O sea, el "eppur si muove", el pese a todo se mueve de un Galileo, en nuestro caso la materia humana peruana se transforma, a pesar de los inmovilismos que le atribuimos. A eso se refiere el autor, en esos años posteriores al velasquismo, a "la realidad cambiada", la de "un agro sin haciendas ni propietarios, la prevalencia del sector asociativo", con lo cual resulta, "una cultura andina más consciente de sí misma". Pero acaso lo que cuenta en sus observaciones sobre el Perú de los 80, son los cambios en la geografía humana, el desplazamiento de la población provinciana y rural a la urbe, y obviamente, la expansión de Lima. Con las mutaciones entre 1972 y 1981, en efecto, llegaron los cambios sociales y también nuevo tipo de problemas, mientras las viviendas limeñas, aun en la precariedad, accedían masivamente a la radio y a la televisión. Si la composición de los sectores populares no era la misma, ni en la ciudad ni un campo parcelado, las clases dominantes tampoco lo son. Después de la oligarquía, la compuso gente ligada al capital internacional, al capital privado asociado al Estado (a lo que más tarde De Soto llamará el mercantilismo) y un nuevo actor con plata, el narcotráfico. Por lo demás, se forman circuitos económicos diferentes, señala Matos Mar, uno oficial y otro popular y contestatario. Este último se caracteriza por el uso intensivo de la mano de obra y el trabajo familiar. El empresario informal, dice, es un hombre múltiple, y describe la espontaneidad de esas nuevas actividades en la cintura limeña de los barrios emergentes. Destaca la capacidad de organización y el pragmatismo. En fin, el desborde es el resultado de la ineficacia del Estado y del sistema legal impuesto (p. 65).

El desborde es muchas cosas. La descripción se vuelve precisa, certera. La invasión de terrenos como nueva legalidad en emergencia, el traslado de

prácticas comunitarias a la construcción de casas y al sentido organizativo de las barriadas, la importancia de los vínculos familiares extendidos a las nuevas actividades mercantiles, pero no sólo a la producción, a los vínculos sociales, asociaciones provincianas, clubes, fiestas pueblerinas festejadas en la capital, observa la difusión de la música andina y su transformación en el medio urbano, llama la atención sobre los géneros nuevos como la chicha, la alambicada red de microbuses informales que cruzan nerviosamente una megalópolis reconvertida de arriba a abajo en algo distinto que la vieja ciudad virreinal, todo está ahí, en ese texto primigenio, incluyendo el repliegue de los sectores opulentos a sus barrios residenciales. Está la revolución silenciosa de la ciudad popular, su dinamismo comercial, su violencia (p. 71-108).

En mi primera reseña, señalé que esa descripción ajustada a lo hechos, no lo era en sus conclusiones. Matos Mar, a esa vasta desagregación (rural) y recomposición urbana le otorgó un sentido histórico que jamás tuvo. La serie de invasiones urbanas de la época tenían un claro sentido de supervivencia, sin duda, pero no de captura del poder, y menos socialista. La direccionalidad que les atribuyó no está en los protagonistas. Matos Mar desbordó el desborde. No fui el único en señalarlo, también diversos especialistas en barriadas y movimientos urbanos: no existía una articulación que ligara las masas a un proyecto de nuevo Estado. La rebelión de tomar tierras baldías no puede ser homologada a una revolución. Al contrario, de alguna manera se robusteció el statu quo. El fenómeno de integración, aunque de manera caótica y agresiva de los recién venidos a la modernidad urbana vino a completar, en diversos ordenes, lo existente, por paradójico que esto resulte. Se amplió el mercado. Lo informal y lo formal se comunicaron. No veo, sin embargo, en dónde reside ese "proyecto alternativo" que señala. Acaso en los estados mayores de la intelectualidad de izquierda de la época y de algunos partidos pequeños, pero no en la dinámica misma de los pobladores. ¿Cuestionamiento del Estado? La "contestataria" economía popular se acomodó al crédito chicha de los días de García y a las medidas para formalizar la informalidad de Fujimori. Como explicarán otros después de

Matos Mar, la clave de la informalidad parece ser la iniciativa individual y no la acción popular colectivizante. Los nuevos limeños populares se interesaron en el poder pero no para ocuparlo, sino para que les sirva, los apoye, o, en caso contrario, al menos no los estorbe. Después de su libro, la administración Fujimori estableció sólidos lazos con los sectores más deprimidos tanto urbanos como rurales. No, de la precariedad no insurge una radicalidad, al contrario. Los estudios sobre la sociedad de los noventa van a mostrarnos, ante nuestro asombro, cómo los atomizados actores sociales se relacionaron con el Estado-Fujimori en nombre del pragmatismo, en una relación costo/beneficio, sin entregarse del todo, pero sin desautorizar ese autoritarismo que buscaba una "política sin política", hasta conseguirla (Julio Cotler, 1993; Carmen Rosa Balbi, 1997; John Crabtree, 1999; Martin Tanaka, 1999). La vinculación entre el Estado mafioso y las bases de los Conos deja de ser misterio desde el trabajo de Yusuke Murakami, "La democracia según C y D, un estudio de la conciencia y el comportamiento político en los sectores populares de Lima", 1EP, abril del 2000. Y no me extenderé sobre el fujimorismo bajo Toledo. El fantasma del ausente que gana batallas de simpatía en las encuestas hoy, por encima de todo actor político peruano.

Los estudios sobre la anomia como forma característica de la desorganización los ha aplicado Thomas y Znaniecki a poblaciones de inmigrantes polacos, caso típico de desmoralización en el pasaje de una sociedad que dejaban a otra distinta y sin duda, desconcertante I I he Polish Peasant in Europe and America, Univ.of Illinois Press, 1984) , (abe aplicarla al caso peruano? ¿Migrantes en su propio país? ¿Exiliados del interior? En todo caso, esos estudios en otras sociedades, nos llaman a la reflexión. La entrada a lo nuevo suele ser errata a, cargada de dolor y resistencia, de un acomodamiento que puede dar sorpresas mayores.

Es el caso que ha estudiado Eric Hobsbawm en su Los primitivo de la revuelta, los orígenes de la mafia americana, cuando el secreteo los tribunales de la resistencia del sur de Italia transfieren las lealtades rurales al corazón de los negocios clandestinos en los Estados Unidos, con los brillantes resultados por todos conocidos. La lección de Hobsbawm es que lo arcaico y premoderno

puede acomodar la modernidad a sus usos y tomar caminos imprevisibles. He llegado al tema de lo incierto, lo indeterminado, de la sorpresa. Quiero decir que los tres mejores trabajos sobre los conflictos inherentes a la informalidad que aciertan en la descripción, yerran en el diagnóstico. Los vencieron las paradojas del azar. Como Matos Mar, casi por las mismas fechas. Hernando de Soto aborda el tema, de 1987 es "El otro Sendero, la revolución informal. Las exploraciones en la "otra modernidad" de Carlos Franco, texto sobre "la plebe urbana" es de 1991.

Ambos en parte acertaron, en la descripción del le n m n pero no en la previsión inmediata. Muchos de los informales de De Soto se hicieron ricos pero sin generar por ello una burguesía, en términos weberianos, es decir, no sólo nuevas capas de gente con dinero (y Weber fue muy claro en diferenciar entre tener riqueza y ser capitalista) y la adquisición de bienes "espirituales la educación realmente superior y la cultura, y la ambición de comandar con el conjunto de la sociedad entera. Ciertamente De Soto tuvo en su trabajo de 1987, los pobres no eran tan pobres, los desempleados se autoempleaban, los informales inventaban su propio trabajo, eran impacientes empresarios populares estorbados por un exceso de papeleo y burocracia. La tesis de De Soto sobre la informalidad en tanto que respuesta racional y creativa de puestos de trabajo y que el obstáculo de un Estado con exceso burocrático, vino a modificar los criterios mismos del debate. Con Hernando de Soto la idea de categoría residual y de marginalidad que había obsesionado promociones enteras de investigadores desde los días del norteamericano Oscar Lewis y su "cultura de la pobreza", fue abandonada por un concepto más dinámico e inteligible. Si el informal es un empresario, el argumento fundamental en el análisis de De Soto radica en los costos de la informalidad, que ahora no entraré a examinar. Mi objeción es más sencilla. La informalidad al instalarse, en parte arregló la situación y en parte la desarregló (sin duda por la ausencia de normas y de Estado. En el Perú no hay Estado). El hecho es que la Lima de hoy, con sus 9 millones de habitantes, el manejo "combi" de sus millares de autos y micros, es el lugar habitacional de nuevos citadinos pero las calles son peligrosas, operan bandas criminales

muy bien organizadas, no puedes fiarte de nada, ni de un taxista ni de un uniformado. El desorden ha crecido tanto como la instalación de esas capas de productores precarios y desesperados en el inmenso país de pobres que es el Perú. Falto algo que Hernando elude y nunca acaba de definir: qué tipo de Estado propone para esas transformaciones societales.

Tampoco fue muy afortunada la apuesta de Carlos Franco sobre la plebe urbana. La idea sin embargo es excelente, plebe y no sólo clase, contenidos emocionales, culturales y en el fondo, la imagen tomada del pasado en Roma, una suerte de potencialidad ascencional. La lucha contra el patriciado. Cuando Franco escribe, en 1986, parecía en efecto que la institucionalidad plebeya construía un espacio propio, la que no negaba, dice, la institucionalidad modernizadora generada por las clases altas y medias de las ciudades. En otras palabras, no había dos países que se oponían como en la versión dualista de José Matos. En efecto, los pueblos jóvenes y las urbanizaciones populares no calcaban, ni iluda alguna, el modelo de la ciudad tradicional pero tampoco la desaparecían, fin cuanto a las manifestaciones culturales, la yunza y la feria popular, dice Franco, no son homologables ciertamente al club privado, la fiesta social o el supermarket "pero no son tampoco sus opuestos geométricos". Todo ello revela un paradigma distinto pero coexistente con los paradigmas de la modernidad. Los hijos-y nietos de los migrantes ocupan un espacio como para una batalla, "se posicionan", dice Franco, autodesarrollan una identidad y son pragmáticos.

Por posicionarse lo han hecho pero al lado de Fujimori, y no sólo cuando gobernaba. Puede, entonces, que la batalla de la plebe ascensional resulte más sutil, o se extienda en la larga duración de los historiadores sociales como Fernand Braudel, la larga cuenta de los pueblos, categoría que entre nosotros usaron Manuel Burga y Flores Galindo. Pero cómo dejar de mencionar que desde el desorden, desde la precariedad atendida y servida en las oficinas clientelistas y pragmáticas del FONCODES de los noventa, poco importó la usurpación de Fujimori, la plebe resultó dándole bases electorales y sociales al "chinito". y hoy, pese a lo que se sabe, vocea y se mira en la

televisión (como el interminable juicio a Montesinos en un penal) todo lo que se publica ahora sobre terrorismo de Estado y corrupción en los noventa, el apoyo continúa, fuerte y superior al que reciben los partidos democráticos. Algo anda mal, muy mal, en la sociedad peruana. El fujimorismo se sirvió de la inclinación tradicional de las élites a servirse del Estado para delinquir, lo que acaso no deba mucho asombrarnos, pero también, y esto es más difícil de tragar, de la propensión de las capas bajas para aceptar regímenes tutelares aunque corruptos. Y para volver a nuestros autores, ni hubo socialismo popular, ni burguesía emergente chola ni plebe urbana autónoma. ¿De dónde, en una economía sin empleos? Acaso se les pedía lo imposible. Sin embargo, el postulado común a la esperanza en estos tres observadores es el mismo: la emergencia se iba a autoorganizar. Un viejo postulado libertario, las masas encuentran su sentido por sí mismas. En el fondo no son necesarios ni partidos, ni vanguardias, y menos Estado, de Derecho u otro.

Así, pregunto: ¿De qué lugar, de dónde iba a producirse ese "diálogo con las masas" que reclama Matos Mar hace veinte años? Y si no había interlocutor, ¿cuál es esa formalidad que proviene de las masas (cito escrupulosamente el texto aludido) y que podrían constituir otra legitimidad del Estado y la autoridad de la Nación? ¿Cuál, en efecto, cuando lo que hemos visto es el crecimiento, arriba y abajo, de lo informal corrupto, el efecto chicha? ¿Es cierto, acaso, que la energía desprendida por los desbordes es únicamente integradora? ¿Lo son los cocaleros, los humala, los separatismos en llave? ¿Se les puede inscribir, en su diversidad y antagonismos distintos, en una sola explicación y en una direccionalidad? ¿No estamos confundiendo nuestros buenos deseos con un imaginario social, tan fragmentado como la propia sociedad? ¿En fin, se puede hablar en el caso del Perú de una sola sociedad? ¿Realmente, la próspera comunidad china de Lima y los no menos prósperos masones peruanos y los ganaderos puneños, son parte de un mismo esquema social, con los mismos valores y cosmovisión de la vida, las mismas actitudes y deseos?

Me parece que el libro de Matos Mar nos conduce a una problemática mayor. Que es la misma que envuelve la obra de Hernando de Soto y la de Carlos Franco, y la de muchos otros estudiosos. Matos Mar la abordó desde lo que convendría llamar, la socio-antropología. Un campo de disciplinas múltiples, necesarias para intentar comprender la y recomposición de la sociedad (o sociedades) peruanas en este fin de milenio y comienzo de otro. Ahora bien, entender lo contemporáneo es la tarea más difícil para los seres humanos, presente es siempre fluido y esquivo, nos engaña con su aparente transparencia, en realidad es enigmático, lleva en el vientre lo nuevo, eso lo sabemos desde Hegel, quien también nos previno que solo llegamos a entender el curso de la historia, pero tarde, la metáfora de la lechuza que alza el vuelo cuando llega la noche. Los peruanos de los años treinta del siglo XXI nos podrán entender mejor que nosotros mismos, si es que para entonces el Perú todavía existe. Si es que el caos que abre la creciente anomia no concluye por rompernos.

El Perú es hoy el país de los desbordes. ¿Son ellos mismos equiparables? Creo que es conveniente distinguir lo que Matos Mar llama, y con razón, "la protesta", de otro tipo de fenómenos. La protesta es social, sindical, clasista, últimamente de regiones enteras (el gran paro de Arequipa el año pasado), de zonas productivas, de Tingo María de cocaleros. ¿Pero llave qué es? Es protesta, pero con contenidos muy particulares, que van desde la demanda de los ilaveños por autoridades de Estado suficientemente legitimadas a simple y llanamente, en la desesperación, de desobediencia civil. Que se vayan todos, de regidores a Alcalde y el propio Toledo. Dejaré, por eso, para las líneas que siguen, los casos más tradicionales de anomia individual que han aumentado, efecto perverso de la permisividad de una sociedad que se abre, mal que bien, al mercado y a la democracia. Menciono sin abundar los casos urbanos de pandillaje, de consumo de drogas, de ebriedad, alcoholismo (nuestros choferes se matan en las carreteras por borrachos), prostitución a gran escala y de menores, cifras sobre muchachas madres de familia antes de ser adultas. Crimen, suicidio, desórdenes mentales, son formas finalmente, frecuentes en toda sociedad, y si se elevan, no seamos

presuntuosos, son equiparables a las modalidades que estudiara Durkheim y Merton. Aunque claro está, la criminalidad en Lima se ha elevado de 1970 a 1990, alcanzando a otras cosmópolis, como México.

En fin, lo que Matos Mar llama "desborde", yo llamé simplemente "anomia", dicho con todos los respetos al amigo, y al profesor que tuve con provecho en el San Marcos de los sesenta. Anomia, sin duda, es el fondo del problema, y el desborde es la feliz metáfora utilizada por José Matos Mar, aquella que evoca para un peruano, la naturaleza indomable y el capricho climático. Pero los desbordes, tan repetitivos y variados, son expresión de un problema de fondo, de un desorden a la vez de la sociedad como del Estado, la primera que se impacienta crea formas particulares de rebelión e insumisión sin alcanzar la gran transformación, como si la temiera. La posibilidad de un Estado, ese orden jurídico superior que nos falta, de unos principios generales de obediencia y normas que el peruano, de arriba o de abajo, desea como teme.

El problema de la anomia peruana es que no es sencillamente desviación personal como en la teoría clásica. En nuestro caso peruano abraza capas anchas, subculturas delincuenciales. Un caso patente es la clase empresarial y política, la que desfiló por la oficina del SIN en los días de Montesinos. La medición y evaluación de la anomia clásica, como conducta individual desviada, toma en el caso peruano proporciones distintas, y merece la refundación misma de la teoría de Merton. ¿Qué ocurre cuando no se aplica a un individuo, al que se supone que haya obstrucción en el acceso a los medios legítimos de éxito y, en consecuencia, toma caminos desviantes? Estoy resumiendo el postulado de base de la sociología mertiana. Las cosas no ocurren así en Perú, se delinque en grupo, con otros, con muchos, en "choclón", alegremente, y casi con la seguridad de la impunidad. Entonces, ¿qué tipo de sociedad es ésta, como la peruana, en que la desviación no es individual, sino socialmente admitida, cuando deja de ser individual y atomística, y se hace referencial, norma de la no norma, elogio de la viveza, la pendejada y el cuento? ¿Qué pasa cuando los tensionados no son los que infringen las leyes sino los que las cumplen? Vale decir, los que pagan

impuestos, se detienen ante la luz roja, llegan a la hora, cumplen sus contratos y no tienen un "sancochado", o sea, una querida o una doble casa en algún suburbio. ¿Cuando la elección o valoración grupal y la interacción grupal prefiere identificarse con el mosca, el vivo, el que la sabe hacer? ¿O no es acaso cierto que se premia el éxito y la movilidad social, aún a costa de toda regla? A diferencia de las sociedades que sirvieron a Emile Durkheim a fines del XIX y a Merton en los Estados Unidos de mediados del XX, los retraídos o culposos, en este país, no son los corruptos sino la arrinconada decencia, sea de izquierda o de derecha.

Los mandatos morales y la internalizacion de los valores solo podrían provenir de las clases dirigentes, que no hubo, del Estado, que había y desmontamos, y de la educación pública, que existía, pero redujimos a menos que cero. Estoy mencionando por lo menos dos formas de la aberración. Los más ricos y poderosos son los primeros en solicitar la excepción ante la ley, la impunidad, y si bien el Perú ha vuelto a la democracia, el "habitus", en el sentido que lo entiende Bourdieu, es decir, la disposición a un cierto tipo de conducta que proviene del origen de clase, es tan fuerte, que ni las obligaciones del cargo hacen olvidar a un vicepresidente que no se puede firmar decretos para favorecer un familiar, como ocurrió hace poco, en sonado escándalo. Son siglos de costumbres de señores estamentales (Weber los estudia, pero para la edad media europea), de uso de lo público como si fuese privado. Al menos la democracia, y la prensa a ella ligada, trae consigo los moralizadores escándalos. En cuanto al Estado, o mejor, los gobiernos, son fuente de ejemplar anomia.

De señor a paje, todos contribuimos con la extensión del des aliento. Los gremios se radicalizan, los cocaleros vuelven una y otra vez a las calles limeñas, pero los escándalos que apuntan al entorno presidencial vuelan de titular en titular, reuniones ilícitas de funcionarios procesados luego por corrupción, resoluciones irregulares. No sólo el gobierno central, las acusaciones por delitos de malversación de fondos envuelven por igual a flamantes autoridades regionales. Los requerimientos, los juicios por pensión de alimentos a hombres públicos y congresistas, ex consejeros en prisión, ex

generales cajeros de la mafia, investigaciones preliminares a parientes del Presidente, actividad desbordante de las fiscalías, el listado del desorden gubernamental es interminable. Mientras las cárceles están llenas por delitos de tráfico de influencia, usurpación de funciones y omisión de denuncias de gente del régimen anterior, el país reclama la lucha contra la corrupción para con la administración actual. Esta pérdida constante de legitimidad, desestabiliza hasta los escalones mínimos del aparato oficial. Después del asesinato del alcalde Cirilo Robles de llave, el 26 de abril, Arnaldo Chambilla Maquera dice a un diario limeño no poder dormir tranquilo. Es apenas un tercer regidor en una comuna provincial de El Collao, lo han vuelto peligrosamente burgomaestre por una decisión del Jurado Nacional de Elecciones. Pero teme las turbas. No hay garantías en llave. Se destruyen las huellas palpables del Estado, como en los tiempos en que Sendero volaba las comisarias y locales públicos, pero esta vez son las turbas.

¿Es eso el desborde de Matos Mar? O es otra cosa: la desobediencia civil. Olas de un descontento que tarda en decir su nombre. La sociedad se desapega del Estado que se ha desapegado de la sociedad gracias a la importación maravillosa de la globalización en su versión tonta de los noventa. En todo caso, lo que ahora ocurre va más allá de la protesta clasista de los ochenta. Bloqueo de carreteras por cocaleros, adopción de tácticas que dieron resultado en Bolivia, troncos y piedras en las calles bloqueadas, marchas pacíficas y no pacificas. Pedido de los líderes puneños para que se libere a acusados susceptibles de encontrárseles culpables del asesinato del alcalde Robles. La situación es confusa, paradójica, la desobediencia civil insurge y reclama a la vez la presencia de ministros, por lo menos tres, para una mesa de negociaciones. ¿Sublevación y negociación? La vieja tradición colonial y republicana que estudia Marie-Danielle Démelas de insurgirse y pactar (La invención Política, 2003). Pero del lado del orden, del supuesto orden, el "Estado en retirada" (la idea es de Carol Wise, Reinventando el Estado, 2003) no tiene preparados los sustitutos en caso de vacancia del poder presidencial. Indisciplina al interior de los partidos, inscripción de muchos otros, el crédito del poder mellado, después de la fuga de empresarios de televisión y de

diarios por los vladivideos, desacreditado el mismo sillón presidencial, la vida política misma, cuando se supo el alcance de la maquinaria criminal que se extendía de Alberto Fujimori a Vladimiro Montesinos, cada uno con su propia red de mañosos como indican los procesos. Cierto, vino la Transición, las elecciones del 2001, la presidencia de Toledo. A los pocos meses perdió la confianza de los ciudadanos, acaso por asuntos familiares, del contorno, acaso por un desaliento que igual hubiera heredado todo aquel que llegase a Palacio, ese es asunto hondo, que merece reflexión, lo guardo para el filo del 2006, un libro de análisis sobre lo más reciente. El hecho inmediato es que hay un régimen democrático en desamparo popular. El deterioro de la confianza en los gobernantes alcanza a los ministros, al Congreso, a los partidos políticos. Sin duda, inmerecidamente. El presente Parlamento ha enmendado con leyes fundamentales la cuestión de la cédula viva, entre otras. La paradoja es que los cambios institucionales y el avance en economía, en macroeconomía al menos, no revierten en la percepción de la opinión pública. La legalidad ha perdido la batalla de lo imaginario.

Pero no está descompuesto únicamente el Estado, no sería tan grave, sino la sociedad. ¿Por dónde, en efecto, comenzar? ¿La anomia en sus múltiples expresiones nos va a despedazar? ¿No será esta crisis, una al fin y al cabo, típica de cuando una sociedad abandona los protectores y paternales espacios de lo comunitario e ingresan los individuos, en tanto que tales, a jugar otros roles sociales, más ásperos, más exigentes, menos gregarios? ¿No es éste el fondo de la cuestión, no lo étnico sino lo pre-moderno que se resiste a morir? ¿Y cómo lo haría, cómo adaptarse a un mundo de patrones y señores tan anémicos como las propias clases subordinadas? ¿Quién y cómo romperá este círculo vicioso, la cadena fatal de conflictos a la vez viejos y nuevos? En llave, un estudio de terreno hecho por Iván Degregori, que en parte anticipó en una reunión académica, señala cómo, a diferencia de lo dicho en diarios y canales de televisión, el fondo de la cuestión no tiene mucho de étnico, fue objeción de ciudadanos en un cabildo abierto, ante una gestión de alcaldía, sobre unos fondos de compensación municipal. Al parecer el alcalde, aymara o no, quiso manejar eso de manera distinta a los petitorios de las

parcialidades o comunidades campesinas. La cosa termino a golpes y puñetazos, igual daba que fueran quechuas o pukinas (y los de Tingo María migrantes amazónicos), se continuo en la plaza pública de ambos lados, y acabó, tras semanas de desidia de las autoridades regionales y nacionales, en el atroz asesinato de mayo. El proceso de descentralización, los gobiernos locales y su articulación política al parecer Hoja o inexistente con la nación, es lo que esta en juego. Por entero, el aparato regional, prefectura!, de gobernadores a representantes y ministros de Estado, llave es, para volver a Matos Mar, a la vez desborde y protesta, crisis del Estado y desobediencia civil. El asunto llama a un planteo mayor. ¿Qué Estado para esta sociedad y qué sociedad para los peruanos? Algo que venza la destrucción de nosotros mismos, envuelta en hechos al parecer, desconectados. La anomia, en suma, se halla a ambos lados del país que habitan 27 millones de atribulados peruanos. Para decir rápidamente las cosas, del lado del gesto de las llantas quemadas ante cualquier manifestación, la toma de locales, la gresca callejera entre barriadas colindantes. Y las botas de los Humala. Pero también está la anomia en el poder mismo: los escándalos, la ausencia de un cuerpo de funcionarios en carrera publica por concurso, todo lo que se ha estado dando estos años, en el sur. Chile, como gestos de seriedad, de construcción institucional, de civilización abierta a la comunicación, a la ciencia, al siglo XXI. Un Estado y un orden democrático como garantía de desarrollo, de capitales extranjeros, y no su contrario. En el Perú, en cambio, hemos hecho crecer la anomia y sus desbordes, arriba y abajo.

Esta mañana, para preparar esta nota de recibo al maestro sanmarquino que nos visita, les echaba un vistazo a los diarios locales. Un diario señala que muchos hospitales aún no cuentan con incineradores para los residuos tóxicos. Si va a comprar el SOAT no lo haga en las calles, "muchos inescrupulosos venden esta póliza" (El Comercio). "En Tumbes se quejan de contrabando de plátanos". "Se advierte en los cuarteles extrañas movidas". "Sunat denuncia a Saga Falabella por reetiquetado". "Con la ayuda de la PNP y la fiscalía, desbaratan 49 estaciones ilegales de radio en la capital". "El 30 por ciento de peruanos sufren del oído" (Perú 21). Y por el Día del Padre, "dos

padres se matan por soledad". "En la Ciudad del Pescador, Callao, dos delincuentes drogados bajan de un vehículo y abren fuego contra los asistentes a una pollada" (La República). Eso es el Perú hoy, querido maestro Matos Mar: nueve muertos en una pollada. Unos tipos que le disparan a inocentes. La ausencia del "Leviatán" de Hobbes, la guerra de todos contra todos, más las botas de los Humala.

Addenda

De los primeros estudios de la anomia al acholamiento y la actual ciudadanía turbulenta. Todo investigador, todo autor, tiene temas favoritos. Éste, el de la anomia, es uno de los que más me ha ocupado personal desvelo. Me ha seguido intrigando durante años, y noto ahora, al preparar esta addenda que cierra este libro, una evolución en su tratamiento, acaso debida a que la sociedad misma, campo de mi experiencia, no se está quieta, ella gira sobre sí misma, cambia como ciclón o huracán, antes de tomar un rumbo definitivo. Este es un tema central, orden/desorden, por decir lo menos.

Hubo, ciertamente de mi parte, una primera percepción, en 1987, a mi retorno al Perú, y el primer trabajo sobre anomia fue publicado por mis hermanos del Cedep. Luego seguí observando el fenómeno, acaso con menos resistencia en el medio intelectual y político limeño que cuando publiqué el primer trabajo. Entonces hubo asombro y fastidio, desgarradura de vestiduras. ¿Cómo lo popular podía engendrar, al lado de la informalidad que construía, lo que destruye y desorganiza? Nadie hoy discute que lo popular asoma bajo la forma de frentes regionales y de ciudadanía activa, vasos de leche, comités de madres, tanto como tras el contrabando masivo, la violencia de pobres contra pobres, y en prácticas ilícitas de comercialización, prostitución, drogas, en el inmenso mal vivir, en las variadas y masivas expresiones de nuestro desorden. Y con ello, malhumor político, lecho común a los autoritarismos de diversos cuños. Lo uno y lo otro. No somos Polifemos que ven una sola cosa porque no tienen sino un solo ojo, la que más convenga al manejo "ideológico" del dato social, no (por eso fueron vencidos por los argonautas). La, realidad es compleja, y debe obligarnos a una mirada más

sutil, más porosa, tan compleja como la realidad misma. Claro está, tras lo que afirmo está el nuevo paradigma de la complejidad de Edgard Morin, pero no quiero detenerme aquí, en novedades de hermenéutica. Acaso un libro futuro, de pura teoría. No en este colofón para un conjunto de ensayos puntuales.

Volvamos a los años ochenta cuando se hablaba, con elogio, de la cultura chola, de lo irruptivo como positivo. Hoy, en cambio, "el achorado" es un personaje masivamente instalado en nuestras costumbres nacionales. ¿De dónde proviene ese achoramiento? El tema es vasto pero puedo ir diciendo que el achorado popular (los hay "arriba", como lo mostró la capacidad de corrupción del montesinismo). En su explicación más sencilla, no es sino el descendiente pícaro del emigrante andino casi puritano que observaron con elogio, hace casi veinte años, Norma Adams y Jürgen Golte, en la racionalidad de los invasores del comercio urbano en la gran Lima. Sí, la choledad exitosa que observaran De Soto, Matos Mar y Carlos Franco en efecto se ha instalado, incluso socialmente ha triunfado, pero no siempre, ni ese es todo el horizonte de la nueva cultura popular-urbana. Hubo, en efecto, una ética inicial de los migrantes que llevó, por ejemplo, a una observadora ecuánime, no ideológica, como la antropóloga Adams, a reconocer ciertos rasgos "puritanos" en ese traslado de sentido común de los andinos a ciudades peruanas, un fenómeno cultural con algo de parecido al "espíritu" del capitalismo a la manera de Max Weber y los primeros capitalistas del norte de Europa, por la capacidad de ahorro y de autoesfuerzo de la nueva masa de empresarios andinos vueltos limeños y urbanos por la fuerza de las cosas. Digo hubo.

Las iniciales (y exitosas) estrategias campesinas se han cruzado con la cultura criolla urbana, y no para mejor. Hoy existen los "cholos" empresariales, todavía justos y racionales, pero al lado de una nueva masa de nuevos urbanos, en general, achorada. Lo achorado es un doble desafío, tanto al origen andino como al espacio urbano y republicano. El tema da para un desarrollo mayor. Con cargo a un trabajo posterior, me limito a decir que lo define una conciencia mm fuerte de la privacidad. En realidad el país es un

campo muy vasto de culturas privatistas, y en ello, un observador comprensivo pero no concesivo como es mi caso, ve de nuevo lo que otros se resisten a ver. Otros actores sociales, otra vez, la sorpresa.

El achorado es individualista hasta el extremo ("no creo en nadie"), irónico, pragmático. Es desinhibido y desafiante. ¿Es esto un rasgo negativo? No lo sería si pareciera indicar la emergencia de individuos libres, pero no es el caso. Hay un componente emocional en este achoramiento, y un gran desinterés, en nombre de la propia navegación, de los antecedentes colectivos, étnicos, de clase o barrio de comunidad que lo han hecho posible, que lo han finalmente incluido. Pero no para servir a esa inclusión republicana sino para usarla en su beneficio, con un sentido de apropiación sin reglas, a la mala. Lo que lo diferencia de sus padres y abuelos andinos. El achorado la achorada no cree sino en sí mismo. Y para articularse, incluso tras el delito, cuenta con muy pocos elementos de identificación con los demás. Volvemos, por los caminos singulares del laberinto peruano y sus culturas híbridas, a lo mismo. A la fabricación, con ex andinos, de individuos anómicos. Volvamos al gran desafío de la anomia social al orden republicano. Los peruanos populares no tienen lecciones claras (debido al hundimiento de la educación y con ello de la memoria colectiva) para saber cuáles son esos bienes comunes que heredan, y cuando no se sabe cuál es la frontera con el mundo y la cultura que lleva a la globalización, pueden pasar dos cosas. Y no es que lo tengan "los de arriba", pero el tema de las élites, o mejor de su ausencia, es otro tema. Abajo y al medio se acepta lo exterior sin más, y de eso se tiene señales hasta el hartazgo, o se le rechaza, y eso viene a contribuir a esa zona propiciadora de confusiones de preocuparse hasta el exceso por la "identidad" (la cual se supone amenazada), y de ahí al río revuelto del etnocentrismo cultural y la aventura política de tipo autoritario no hay sino un débil puente que atravesar. Yo puedo ver en todo eso, a despecho de lo que muchos piensen, un temor a lo ajeno y a la modernidad, típica de sociedades transicionales como la peruana. Es cierto que los grandes creadores de la historia cultural peruana, de Garcilaso a Vallejo y a Scorza o Vargas Llosa, no temieron el roce con lo distinto, pero el peruano de a pie, sí.

Volveré sobre este tema. Ahora bien, una adenda es esto, adiciones a una obra escrita. En esta materia, otros trabajos y añadidos, me limitaré a dos, posteriores naturalmente al ensayo inicial (1987) y entre el tiempo de las notas a Matos Mar (2004).

Son dos textos. El primero, uno que extraigo de "Hacia la tercera mitad, Perú, XVl-XX, ensayos de relectura herética". Corresponde a las páginas 643-645. El segundo no es un trabajo mío, sino uno de comentario a un texto mío publicado en la revista "Caminos del Laberinto", N° 5, Lima, bajo el título de "Reglas de juego en situación de anomia".

Lo que quise decir en ese instante, es que ese desorden anómico se autoestructura y autoordena, por arriesgado que parezca. ¿Qué me inspiró? Dos cosas, una comprobación sencilla, aún caótica: el Perú popular funciona. Lo segundo es que desde mi primera versión de la anomia, por mi parte, he seguido estudiando. A mis herramientas intelectuales se ha sumado la última y más exigente reflexión teórica, que reúne matemáticos y científicos sociales, en torno al "caos", y en especial, mi lectura y comprensión del aporte de llya Prigogine y de Isabelle Stengers (La fin descertitudes, editions Odile Jacob, sciences, Paris, 1996). Y los de Rene Thom, matemático y especialista de modo los científicos, sobre el papel del azar. Se trata, en los citados y en una media docena más de científicos que no creen más en las separaciones entre especialidades, de una revolución conceptual, horizonte actual de las ciencias tanto de las físicas como de las sociales. Casi ignorados en nuestro medio; ¿y yo qué culpa tengo?

Dos textos que se añaden, pues. Y la misma pregunta: ¿cuáles son los mecanismos sociales de lo que llamamos anomia? ¿Adónde conducen?